

***es el poema y no el poeta  
el que debe pasar a la posteridad***

**JOSÉ AGUSTÍN  
GOYTISOLO**

**EL ROSTRO QUE CONJURA**

Cuando llegue la hora de partir  
que a su lado esté ella: que la mire  
y que apriete su mano. No le asusta  
regresar a la nada. Mas quisiera  
llevar al otro lado su figura.

La eternidad no existe. Cuando supe  
amar a esta mujer y cuando mira  
a quien le mira sabe que el infierno  
estuvo aquí; también su paraíso.

Al fin y al cabo nadie le invitó  
a entrar en este mundo que sabía  
no iba a durar por siempre para él.  
Pero ha tenido el rostro que conjura  
ver al final. El viaje no le importa.

(Del libro *Las horas quemadas*, 1996)





Con su hermano Luis en la casa de Torrent-bó (1970).



Paco Ibáñez, Raimón, José Agustín y Xavier Ribalta (1984).



## Querido José Agustín

**Q**uerido José Agustín: No puedo hablar de ti sin hablar contigo. Tengo aún muchas cosas que decirte. En el magma poroso de la memoria se me agolpan imágenes caleidoscópicas, convocadas por los recuerdos de los momentos vividos que quisiera compartir contigo de nuevo antes de darlos a conocer a los demás y por esto escribo en forma de carta, te escribo a ti aunque deje el sobre abierto y los papeles al alcance de miradas ajenas.

Te veo entrar por la puerta de casa con la bolsa de viaje y tu cara de lobo bueno un poco apaleado y vuelvo a oír tu voz: ¿Por favor, puedes coserme el bolsillo de la americana? Al salir del taxi, se me ha quedado enganchada en la manecilla de la ventana y se ha roto. ¿No le importará a tu feminismo? Te prevengo sobre mi incapacidad pero voy a intentarlo. Te quitas la chaqueta, me siento, doy unas cuantas puntadas y cuando creo que ya está, compruebo con ho-

rror que he cosido el forro de tu americana a mi pantalón.

Nos reímos un montón y, ¡qué remedio!, empiezo de nuevo. Ahora tú sostienes en el aire la chaqueta, para evitar contactos perniciosos entre telas disparas. Termina en un segundo, te anuncio, para darme ánimos, entrando a matar. Solucionado, por fin, y corto con los dientes el hilo sobrante. Muy bien, dices, gracias, el bolsillo ha quedado perfecto pero lo has pegado a la manga... Salimos hacia Tudela,





Con Rafael Alberti en Roma (1969).

en mi coche, no se de qué jurado formábamos parte... De uno de cuentos, me parece, ¿te acuerdas tú, José Agustín? Hace la tira, más de doce años... María no había nacido aún. María, no lo sabes, lobo, desde que te fuiste se duerme todas las noches abrazada al peluche que le regalaste cuando era diminuta.

Te llevé muy bien, lo dijiste tú no más llegar, parando lo justo, derecho al sitio de la reunión, sólo que esposado... En la plaza de Tudela compramos velcro para arreglar el bolsillo momentáneamente, hasta que Ton, mucho más habilidosa que tú y que yo, pudiera coserlo.

Otra vez, no sé si en Madrid o en Oviedo, en uno de aquellos actos para homenajear a Barral y a Gil de Biedma, en los meses posteriores a su muerte, acabaste contando que te sentías algo así como el superviviente del grupo e hiciste un gesto de agazaparte detrás de la mesa y te pillaste el codo con un saliente. Con tu mejor cara de disimular, la de pirata honrado, procuraste

que nadie, y menos yo, te viera el estupendo siete... Por entonces, dadas las bajas y los achaques propios, empezabas a decir que en vez de a la generación de los 50 pertenecías a la del 98...

Te fuiste un diecinueve de marzo, por un azar absurdo. "El viaje no le importa", habías escrito en el último verso del poema que cierra tu último libro publicado, *Las horas quemadas*, refiriéndote a ti mismo, desdoblándote en otro, un recurso que siempre te gustó emplear y que iba mucho más allá de lo poético. Un día antes, el diecisiete de marzo, se habían cumplido 61 años de la muerte de tu madre, Julia Gay, en el famoso bombardeo del cine Coliseum de Barcelona, y unas secuencias televisivas revivían la tragedia todavía imborrable para muchos barceloneses. Aquella tarde de la explosión, que habría de marcar para siempre tu vida, ella había venido a Barcelona desde Viladrau, donde pasabais el verano —me lo contaste tú, sentado

### LA MIRÓ MUCHAS VECES

Conoció a la que hoy ama en un ambiente ingrato para ambos. Casi niña era muy poco amiga de las fiestas y rebelde. En aquel escaparate de esplendor en los años de la miseria no le gustaba ser como un objeto de admiración o codicia. No. Aquél no era su mundo. Era una farsa triste con su fulgor de pedrería. Él se fijó en su rostro de tristeza. No supo qué decirle: ella era arisca con los que la admiraban y no quiso confundirse con otros. La miró muchas veces. Y un día ella le dijo: eres muy raro. Sólo desde entonces él contestó lo que le preguntaba: de su familia o la universidad... Luego vivieron juntos hasta hoy.

(Del libro *Las horas quemadas*, 1996)





Gabriel Celaya, Blas de Otero, la primera mujer de Celaya, Carlos Barral y José Agustín, en unas jornadas poéticas en Cala Formentor (Mallorca).

### ASÍ SON

Su profesión se sabe es muy antigua  
y ha perdurado hasta ahora sin variar  
a través de los siglos y civilizaciones.

No conocen vergüenza ni reposo  
se empuerran en su oficio a pesar de las críticas  
unas veces cantando  
otras sufriendo el odio y la persecución  
mas casi siempre bajo tolerancia.

Platón no les dio sitio en su República

Crecen en el amor  
a pesar de sus muchas corrupciones y vicios  
suelen mitificar bastante la niñez  
y poseen medallones o retratos  
que miran en silencio cuando se ponen tristes.

Ah curiosas personas que en ocasiones yacen  
en lechos lujosísimos y enormes  
pero que no desdeñan revolcarse  
en los sucios jergones de la concupiscencia  
sólo por un capricho.

Le piden a la vida más de lo que ésta ofrece  
dificilmente llegan a reunir dinero  
la previsión no es su característica  
y se van marchitando poco a poco  
de un modo algo ridículo  
si antes no le dan muerte por quién sabe qué cosas.

Así son pues los poetas  
las viejas prostitutas de la Historia.

(Del libro *Bajo tolerancia*, 1973/1996)

ahí, frente a mí, como ahora te  
sigo viendo con los ojos de mi-  
rar atrás— a comprar regalos  
para tu padre, que también se  
llamaba José, y para ti, con  
motivo del santo de los dos.  
Nunca más volvió. Tu abuelo  
reconoció su cadáver en el clí-  
nico, entre otros muchos, vícti-  
mas de “aquella terrible llama-  
rada que ardería en tu memoria  
para siempre”, como escribiste  
tú, años después. Cuando tra-  
abajaba sobre tus libros solías  
insistirme en que, con frecuen-  
cia, el descubrimiento de los  
objetos maternos tuvo, tanto  
para ti como para tus herma-  
nos, una significación especial,  
y, entre esos objetos, los libros  
predilectos —Lorca, Salinas,  
Proust o Gide— sirvieron para  
perseguir el rastro que los ojos  
de Julia Gay dejaron entre sus  
páginas e iniciaron en la litera-  
tura. Mi madre fue para mí, co-  
mo dice Jaime Gil, un reino  
afortunado; un paraíso donde,  
sin ella, no me era posible ser  
absolutamente nada, afirmabas

y señalabas que tu manera de  
ser, que te llevaba a entenderte  
mucho mejor con las mujeres  
que con los hombres, a rodear-  
te de mujeres, a preferirlas in-  
cluso como amigas, tenía que  
ver con esa madre prematura-  
mente desaparecida, cuya pér-  
dida resultó para todos cata-  
strófica. Tu padre prohibió in-  
cluso que se hablara de ella en  
casa e hizo cambiar el nombre  
a la sirvienta, que se llamaba  
también Julia, por Eulalia, co-  
mo cuenta Luis en *Antagonía*.  
La muerte de tu madre vertebra  
ese tono elegíaco que domina  
*El retorno* (1955), tu primer li-  
bro, sigue con *Final de un*  
*adiós* (1984) y se prolonga,  
hasta tus últimas entregas  
—*Como los trenes de la noche*  
(1994) y *Las horas quemadas*  
(1996)— y te hace escribir ese  
verso que tantas veces pienso  
desde que no estás, sencillo y  
claro, definitivo: “la evocación  
perdura/ no la vida”. Pero no  
sólo existe en tu poesía esa ve-  
ta elegíaca, como tampoco en





Con Hans Magnus Enzensberger en Cuba (1969), algunos años antes de que estallara el caso Padilla.

tu persona se daba únicamente un componente maniaco-depresivo. Tú podías ser un loco maravilloso, un enloquecido compañero de viaje, un socarrón extraordinario, un poco fullero, exagerado cazador, buen bebedor, divertido y vital. Con malicia y risa, contando siempre con el lector, escribiste *Salmos al viento* (1958), que inaugura otra de las líneas principales de tu poesía: la irónica satírica que habría de influir en tus compañeros de generación, en Jaime Gil de Biedma o Ángel González. Gracias al empleo de la ironía en la que fuiste maestro pudiste burlar a la censura, burlarte de los poetas celestiales, de los burócratas y chupópteros del régimen franquista que con tus textos comprometidos ayudaste también a combatir. En un epigrama dedicado a Marcial, le echaste un pipopo que me pareció que podía definir muy bien tu propia poesía: "hay veneno y jazmín en tu tinta". Y *Veneno y jazmín* titulé el



La Generación de los 50 celebra su cincuenta cumpleaños en Bocaccio (1979).

libro destinado a estudiar tu obra, sin darme cuenta de que también te definía a ti, que deseabas, como Jaime Gil, pero muy de otro modo, ser poema antes que poeta, y serlo de manera especial aquí, en tu ciudad, entre tu gente. Ahora que empieza a tardecer y llega ya la noche que siempre te fue propicia, oigo tu voz: "La vida es bella, ya verás como a pesar de los pesares..." Contra el olvido, siempre: nos quedan tus palabras.

**Carme Riera**

## EL SHOW

Desde lo más lejano y más oscuro  
 de las edades ha llegado  
 el show  
 luciendo el arco iris de sus telas  
 moviéndose bonito

por favor.  
 Subió las escaleras de la vida  
 con sombrero y zapatos  
 de charol  
 al ritmo entrecortado de una danza  
 de fuego y de metales

corazón  
 corazón loco que se fue bajando  
 por el río hasta Memfis  
 qué calor  
 que se metió después en Babilonia  
 y alborotó la Historia

como un dios.  
 ¡Ay muchacha muchacha que no bailas!  
 Ni un solo pueblo sin bailar  
 quedó  
 pues los griegos sacaron sus guimaldas  
 sus aceites y velos

para el show  
 y en Roma las matronas más honestas  
 perdieron el recato

se acabó  
 se acabó el mejor vino en Tarragona  
 y también en las Galias  
 el horror.

Y el show con sus mil vidrios de colores  
 por el imperio abajo

resbaló  
 volvió a tensar en Africa sus cuerdas  
 cambió la piel gastada  
 del tambor  
 y atravesando el mar como un esclavo  
 se arrancó los grilletes

y danzó.  
 Ya en el Caribe se oyen sus compases  
 blancos y negros vibran  
 con el son  
 el show se ha vuelto pura fantasía  
 de saxos y guitarras

y bongós  
 y estrena ritmos y luces y collares  
 y suspiros y faldas

sí señor  
 y hace temblar las salas y los patios  
 y brinca por las calles

te picó  
 te picó el alacrán que a todas pica  
 sean chicas o grandes

¡ay doctor!  
 En las casas abrieron los portales  
 hasta los ciegos quieren ver  
 el show.

Esto es algo increíble caballeros  
 algo tremendo

una revolución:  
 las mujeres se han puesto de repente  
 todos los hierros por lucir  
 mejor  
 mientras rasga una noche una trompeta  
 y en el pecho y los vasos

canta el ron...  
 ¡Ay muchacha muchacha ven al baile!  
 Claro que hay sitio para ti  
 mi amor.

El show viene de lejos y va lejos  
 no se termina nunca  
 la función.

(Del libro *Sobre las circunstancias*,  
 1983/1990)



UAB

Universitat Autònoma de Barcelona  
Biblioteca d'Humanitats

LI  
IN  
U  
S

LI  
IN

